

todos los cuarenta dias, y cuando llegaron á la falda, oyendo Josué el tumulto del pueblo que daba voces, dijo á Moisés : Alarido de combate se oye en los campamentos. No, le dijo Moisés, no es clamor de gentes que exhortan al combate, ni gritaría de los que obligan á la huida; lo que yo oigo son voces de gentes que cantan. Siguiéron su camino; y cuando Moisés alcanzó á ver el becerro, colocado sobre una gran columna, y á los hijos de Israel que cantaban y bailaban al rededor de él, á pesar de ser el mas pacífico y manso de los hombres, no pudo sufrir el insulto que hacian á Dios, dando su gloria de adoracion á un becerro, y llevado de un furor santo, arrojó las tablas que traía en sus manos y las quebró, prefiriendo hacerlas pedazos á entregarlas á un pueblo idólatra. Corrió al ídolo, le derribó de la columna, y mandó echarle en el fuego hasta reducirle á polvo. Echo en una gran porcion de agua este polvo, é hizo que la bebiesen los idólatras, para que tragasen reducido á polvo el dios que habian adorado. Pasó luego á la puerta del campamento y exclamó : Si alguno es del Señor, júntese á mí, y se juntaron á él todos los hijos de Leví, que no le habian adorado; á los cuales dijo : Esto manda el Señor. Dios de Israel : Ponga el varon la espada sobre su muslo. Id y volved de puerta á puerta por medio de los campamentos, matando á diestra y siniestra; y murieron en aquel dia como veinte y tres mil idólatras. El Señor no se aplacó con este castigo, y queria exterminar el pueblo y escogerse otro nuevo; pero Moisés oró tanto y con tanto fervor, que al fin le libró del exterminio, aunque no de otros castigos, con que le hirió el Señor por este gran delito.

Segundas tablas.

Reconciliado al fin el Señor con su pueblo por la mediacion de Moisés, era preciso renovar las tablas que este habia quebrado, y el Señor, en su bondad, cuidó de

esta renovacion. Mandó á Moisés que se preparase para subir de nuevo al monte llevando dos tablas, como las primeras, para escribir en ellas los mismos preceptos. Moisés las mandó cortar, y levantándose de noche, subió al monte, llevándolas consigo. El Señor bajó en una nube y Moisés presuroso se encorvó, é inclinado hasta el suelo, le adoró y entró en su comunicacion. Cuarenta dias y cuarenta noches estuvo tambien ahora con el Señor, sin comer ni beber en todos ellos. Recibió muchos preceptos legales, y los diez mandamientos escritos por la mano del Señor en las dos tablas que llevaba. Bajó del monte, trayendo consigo las tablas, pero ignorando que salian de su rostro resplandores, causados esta vez por la comunicacion que habia tenido con el Señor. Viendo Aaron y los hijos de Israel los resplandores que salian del rostro de Moisés, temieron acercarse á él, y aun dieron pasos atrás; pero llamados por Moisés, volvieron así Aaron como los príncipes de la sinagoga, y despues que les habló, vinieron tambien todos los hijos de Israel, á quienes comunicó lo que habia oido al Señor en el monte. Concluidas estas comunicaciones, echó sobre su rostro un velo que retiraba cuando habia de entrar á hablar con el Señor, y volvía á echársele para hablar con los hijos de Israel.

Primer tabernáculo.

Moisés, desde muy al principio de su viaje por el desierto, habia mandado hacer un pequeño tabernáculo y colocarle en medio de los campamentos, al que se retiraba á orar, á interceder por el pueblo, á consultar al Señor y á recibir sus oráculos. Cuando el pueblo idolatrá, adorando al becerro, Moisés, por orden del Señor, mandó sacar de entre los idólatras y trasladar fuera de los campamentos este tabernáculo : y esta traslacion fué uno de los castigos mas sensibles para ellos. En este ta-

bernáculo se había colocado y custodiaba el vaso de oro que contenía un gomor de maná, y en él colocó también ahora Moisés las tablas para su custodia. Cuando Moisés iba al tabernáculo, todo el pueblo salía á la puerta de sus pabellones y se estaba mirándole por la espalda hasta que entraba en él, y entonces veía que la columna de nube cubría su entrada todo el tiempo que estaba Moisés en comunicacion con Dios, y no se retiraba hasta que volvía á salir. Moisés se echaba entonces el velo que había retirado al entrar, y comunicaba al pueblo las órdenes que había recibido del Señor.

Ofrendas.

En una de estas comunicaciones les dijo, de orden del Señor, que era llegado el tiempo de hacer todas las obras pertenecientes á su divino culto, segun el ejemplar que el mismo Señor le había manifestado sobre el monte, y que, para hacer tantas y tan ricas obras, se recibirían ofrendas de todas clases. Mas devotos los Israelitas que fieles á la ley, apenas oyeron esta invitacion, todos se presentaron á ofrecer con la mejor voluntad, y corrieron á presentar cada uno lo que tenía mas precioso. Hombres y mujeres ofrecieron á porfía oro, plata, cobre, jacinto, púrpura, grana, lino fino, maderas de setim, pieles azules y encarnadas, vasos de oro y plata, y toda clase de piedras preciosas, ofreciéndolo todo con prontísima voluntad y ánimo devoto, siendo lo mas admirable que, continuando en ofrecer mas y mas todos los dias, fué preciso echar pregon por los campamentos, diciendo: que ni hombre, ni mujer llevase mas para las obras que había ordenado el Señor; porque lo presentado era ya bastante y aun sobraba. ¡Qué leccion para los cristianos de estos tiempos! ¡Tanto oro, tanta plata, tanto adorno, tanto lujo en sus casas, y tanta pobreza en la casa de Señor!

Fábrica de las piezas del segundo tabernáculo.

Para hacer estas ricas obras dió el Señor á todo varon instruido en su arte, sabiduría y inteligencia, y especialmente llamó á Besehel y Oliab y les llenó del espíritu de sabiduría, de inteligencia, de ciencia, y de todo saber para inventar y ejecutar obras en oro, en plata y en cobre, para grabar en piedras preciosas, y para hacer obras de primor en carpentería, en tejidos y en bordados. Moisés les entregó todo lo que había ofrecido el pueblo, y ellos hicieron todas las obras que había mandado el Señor, á saber: un tabernáculo para su culto, una preciosa arca para custodiar el testimonio de la alianza, un candelero de oro macizo para colocar en él las lámparas del tabernáculo, un altar para quemar los perfumes, una mesa para poner las ofrendas, y otras riquísimas obras que asombran á cuantos leen los Libros santos, y concluidas, las presentaron á Moisés fabricadas con un gusto extremado y sumamente exquisito. Moisés vió que todas estaban hechas con sabiduría, y segun el ejemplar que Dios le había mostrado en el monte, y las bendijo en el nombre del Señor.

Su ereccion.

El primer dia del primer mes del segundo año de la salida de Egipto, se armó y erigió el tabernáculo del Señor en medio de los campamentos de Israel, como palacio de Dios en medio de su pueblo. Se colocó en lo mas interior del tabernáculo el arca de la alianza, se extendió delante de ella un magnífico velo que la ocultó, y delante de este velo pusieron el candelero de oro, el altar de los perfumes y la mesa de las ofrendas; se cerró el tabernáculo con otro precioso velo, se puso en su entrada una gran bacia de bronce para las purificaciones y en seguida un altar para ofrecer los sacrificios, y por

último se formó al rededor del tabernáculo, con columnas y cortinas, un espacioso atrio que tambien quedó cerrado. Cuando todo estuvo concluido, Moises hizo la consagracion con el bálsamo que habia ordenado el Señor. Pasó luego al pequeño tabernáculo que estaba fuera de los campamentos; tomó el vaso de maná y las tablas de la ley que se custodiaban en él, y llevó estos testimonios de los prodigios de Dios, y los depositó en el arca de la alianza. Al momento la columna de nube que habia conducido y cubierto á Israel desde que salió de Egipto y que estaba fijada sobre este pequeño tabernáculo, le desamparó, y viéndolo todo el pueblo, pasó al nuevo y le cubrió enteramente; la majestad de Dios comenzó á brillar en medio de la nube, manifestando con esto que tomaba posesion del nuevo tabernáculo; y cuando la majestad del Señor dejó de brillar, la nube se fué recogiendo hasta que se colocó sobre el tabernáculo en la forma ordinaria y acostumbrada.

Su belleza y hermosura.

Esta exige que hagamos aquí una pintura, aunque sea breve, de él y de las preciosísimas obras que le ocupaban y rodeaban, y tambien de los ministros que en él y fuera de él servian al Señor. Era el *tabernáculo* un hermosísimo santuario de quince varas de largo, seis de ancho y cinco de alto, formado de tablonés de madera de Setim (cedro incorruptible) cubiertos por dentro y fuera de planchas de oro y fijados sobre fuertes basas de plata. Su techo era un riquísimo manton formado de diez cortinas primorosamente bordadas, y recamadas y unidas con cien presillas de hermoso jacinto y cincuenta anillos de oro. Sobre este manton que cubria todo el tabernáculo, excepto el fróntis de la entrada, se extendian otros tres de pieles de cabra y de carnero de preciosos colores, para defenderle de las aguas y demás intemperies. Todo

el tabernáculo estaba dividido en dos cuerpos por un riquísimo velo pendiente de cuatro columnas, cubiertas de planchas de oro con capiteles tambien de oro, y fijadas sobre basas de plata. El cuerpo interior era un cuadro perfecto de seis varas, y el exterior un cuadrilongo de nueve. El interior se llamaba *el lugar santísimo*, y en este lugar impenetrable á todos los mortales, fuera del sumo sacerdote que entraba una vez al año, estaba el arca de la alianza y el propiciatorio. El exterior se llamaba *el lugar santo*, y en él estaba el candelero de oro, el altar de los perfumes y la mesa de las ofrendas. En este entraban los sacerdotes.

El arca de la alianza era de madera de Setim, de cinco cuartas de largo, tres de ancho y tres de alto, y estaba cubierta por dentro y fuera de planchas de oro purísimo. Sobre ella estaba *el propiciatorio*, que consistia en una gran plancha de oro, fijada sobre su tapa y en dos hermosísimos querubines tambien de oro, que ocupaban sus extremos y formaban con sus dos alas un precioso trono, donde brillaba la gloria del Señor, y desde donde daba sus órdenes y sus oráculos.

El candelero era un árbol de oro con seis brazos sobre los cuales, y la punta en que remataba el tronco, se fijaban siete lamparitas, tambien de oro, para lucir de noche en el templo.

El altar de los perfumes era de madera de Setim, de una vara de altura, media de anchura por frente y lo mismo por costado, cubierto todo de planchas de oro y guarnecido con un enrejado ó coronacion de oro primorosamente trabajado. Sobre este altar se quemaba el incienso de fragancia por la mañana y el perfume perpétuo por la tarde.

La mesa de las ofrendas era tambien de madera de Setim, de una vara de largo, dos cuartas de ancho y tres de alto, cubierta de planchas de oro y guarnecida tambien de un enrejado ó coronacion de oro primorosamente trabajada. Sobre esta mesa se ponian los doce pa-

nes que llamaban *de la proposicion*, y eran las ofrendas que hacian perpetuamente las doce tribus de Israel. Tanto el arca como el candelero, el altar y la mesa, tenian á cada lado dos anillos de oro, por los cuales se pasaban las varas cubiertas de planchas de oro para llevar estos preciosos monumentos en las marchas. Cerraba el tabernáculo una cortina ó velo muy rico, aunque no tanto como el que ocultaba el lugar santísimo.

Atrio. Estaba rodeado el tabernáculo de un espacioso atrio de cincuenta varas de largo y veinte y cinco de ancho, formado por sesenta columnas de cinco varas de altura, cubiertas de láminas de plata con capiteles de plata y fijadas sobre basas de bronce. Todos los espacios de columna á columna estaban cerrados con vistosas cortinas, tejidas á manera de red para poder ver desde fuera el santuario que ocupaba la majestad del Señor, adorar al Señor de la majestad, bendecirle y alabarle.

En el atrio y delante de la entrada del tabernáculo estaba, primero el gran baño para las purificaciones, llamado tambien *el mar de bronce*, y despues el altar de los holocaustos y demás necesario para los sacrificios.

En rededor del atrio acampaban bajo de pabellones las doce tribus de Israel (tres millones á lo menos) por el órden de sus escuadrones; tres al oriente, tres al mediodía, tres al poniente y tres al norte, teniendo en su centro el tabernáculo que era como el pabellon de Dios, que habitaba de un modo particular en medio de su pueblo. Este espectáculo era admirable, magnífico, sorprendente, y no es mucho que al verle Balan exclamase: Qué hermosos son ¡oh Jacob! tus tabernáculos, y tus tiendas ¡oh Israel! ¡Como valles frondosos! ¡Como granjas regadas en márgenes de rios! ¡Como tabernáculos que fijó el Señor! ¡Como cedros cerca de las aguas!

Ministros del Señor.

La multitud de ministros destinados á dar culto al Señor, ofreciéndole sacrificios, dirigiéndole oraciones y cuidando de su santuario, no era de menos consideracion que el santuario mismo. Toda la tribu de Leví, que se componia de la décimatercia parte de Israel, fué separada y destinada por el Señor á su servicio, y de entre todas las familias que componian esta tribu fué llamada la de Aaron para el sacerdocio, y el mismo Aaron para cabeza del sacerdocio ó sumo sacerdote. Todos fueron consagrados por Moises, como lo habia sido el templo, el arca y demás contenido en el lugar santo y dentro del atrio. Tambien lo habian sido las vestiduras de los sacerdotes, y particularmente las del sumo sacerdote, que eran riquísimas. Los levitas custodiaban el atrio y servian en él á los sacerdotes, y estos guardaban el tabernáculo, y ejercian en el lugar santo y á su entrada las principales funciones de su ministerio.

Salida del Sina.

Mas de un mes se habia empleado despues de la erccion del templo en su consagracion y la de sus ministros y en ofrecer sacrificios y presentar ofrendas, hasta que, el dia veinte del mes segundo del segundo año de la salida de Egipto, despues de haber acampado mas de once meses al pié del famoso monte Sinaí y de haber recibido del Señor en este tiempo las leyes que le habian de dirigir en su gobierno, y las ceremonias que se habian de observar en su divino culto, llegó el momento de continuar su viaje á la tierra tantas veces prometida á sus padres, dando la columna de nube la señal del movimiento, trasladándose de sobre el tabernáculo á sobre el pabellon

principal de la tribu de Judá que habia de romper la marcha.

Apenas se vió esta señal de la voluntad del Señor, todo el pueblo se puso en accion, dobló sus tiendas y pabellones, y se preparó para el viaje. Moisés y Aaron, y los hijos de este, Eleazar é Itamar, descolgaron el velo que cerraba el lugar santísimo, y en él envolvieron el arca santa y el propiciatorio y lo cubrieron con pieles de color de violeta y con otro velo de color de jacinto para que nada padeciese en la marcha. Lo mismo hicieron con el candelero de oro, el altar de los perfumes y la mesa de las ofrendas, pasando las varas por los anillos para llevar estas cargas santas sobre los hombros. Salieron en seguida al atrio, quitaron las cenizas del altar de los holocaustos y le envolvieron en una cubierta de pieles de color de violeta, y tambien envolvieron la gran bacia de las purificaciones y lo demás que servia para los sacrificios. Se desarmó el tabernáculo y el atrio, y se envolvieron en pieles sus tablones, columnas, basas, capiteles; se doblaron sus cortinas, mantones y velos, y se cubrieron con pieles para preservarlos de las aguas y demás intemperies. Los levitas de la familia de Caat, á la que pertenecia Moisés y Aaron, tuvieron el honor de llevar, como mas cercanos á la familia sacerdotal, el arca santa, el candelero, el altar de los perfumes, la mesa, el altar de los holocaustos, la gran bacia y lo demás que servia á los sacrificios; todo lo cual, y principalmente el arca, debian llevar los sacerdotes, cuando se hubiese aumentado suficientemente su número. Los de la familia de Gerson llevaban las cortinas, velos y mantones, y los de la de Merari los tablones, columnas, basas y capiteles.

Continuacion del viaje á la tierra prometida.

Dispuestas así todas las cosas, Moisés se acercó al arca santa y al ponerla sobre los hombros de los Caatitas,



oró y dijo : *Levantáos, Señor, y sean disipados vuestros enemigos, y huyan de nuestra presencia los que os aborrecen.* Al concluir las partió el arca acompañada de Moisés, Aaron y sus dos hijos, únicos sacerdotes, y ungidos ya por Moisés, y fué á ponerse al frente de Israel. Entonces principió la marcha. ¡Qué espectáculo tan admirable y formidable al mismo tiempo! ¡Acaso jamás le vió el mundo semejante!

Un pueblo de mas de dos millones marchaba en medio de un ejército de mas de seiscientos mil combatientes. Un ángel, envuelto en una columna de nube, le guiaba, y la majestad del Señor iba á su frente entre los querubines del arca santa. Se caminaba á un paso majestuoso y proporcionado al mismo tiempo á niños y ancianos, á hombres cargados con el tabernáculo del Señor y con sus propios pabellones, y á mujeres que llevaban sus hijos en su seno ó en sus brazos, y se hacian pausas regulares para el descanso y alimento. La columna se fijaba en los sitios mas á propósito para pasar la noche un pueblo tan numeroso, y despues de haberle cubierto todo el día con su fresca sombra, le alumbraba toda la noche con su hermosa luz. El maná continuaba cayendo todas las madrugadas al rededor del campamento, proveyendo de un abundante y gustoso alimento, y nunca les faltaba el agua. Los vestidos, el calzado, las tiendas y los pabellones con todos sus pertrechos se conservaban sin el menor deterioro. Todo corria por cuenta de Dios en este portentoso viaje. Nada tenia que hacer el pueblo mas que caminar á un paso sumamente sosegado.

Incendio.

Tres dias habia que marchaban con tan admirable orden, cuando un número de holgazanes (que nunca faltan en los pueblos y los reinos) acostumbrados á la vida poltrona en el espacio de casi un año que habian acam-

pado al pié del monte Siná, principi6 á quejarse de cansancio, y á murmurar contra el Señor. Estos criminales dejaron sus líneas, se rezagaron é iban como arrastrando detrás del ejército, queriendo al parecer, ó precisar á los generales á que cortasen su marcha, ó excitar una sedición contra ellos. Al ver el Señor un porte tan injurioso á su paternal cuidado en unos hombres rodeados de sus prodigios, se irritó contra ellos, y un repentino fuego, atizado por el soplo de su ira, cayó sobre este rezago y abrasó á los murmuradores. Á este sitio se dió el nombre de *incendio*. Á pesar de un castigo tan pronto y tan terrible, y de los gritos de tantas personas que se abrasaban, el ejército no hizo alto, antes bien, poseido del espanto, continuó marchando y alejándose de aquel lugar terrible, hasta que al caer la tarde hizo la columna señal, no solo de pasar allí la noche, sino de permanecer allí por algun tiempo.

Primera mansion despues de la salida del Sina.

Moisés, que nunca se apartaba del arca santa, trató luego de descargarla de los hombros de los Caatitas y dijo al bajarla : *Volveos, Señor, á la multitud del ejército de Israel*. Estas palabras y las que habia dicho al cargarla sobre ellos, se repetian siempre en semejantes ocasiones. Luego se bajaron todos los cargamentos, tanto del campamento de Dios, como de los campamentos de los hombres, se erigió el tabernáculo y formó el atrio. Se colgó el gran velo que dividia el lugar santo del lugar santísimo. Se metió en este el arca con el propiciatorio, y se colocaron en aquel el candelero de oro, el altar de los perfumes, y la mesa de las ofrendas. Se cerró con su velo el tabernáculo, y delante de él se pusieron el gran baño de las purificaciones, y el altar de los holocaustos, y por último, se formó el atrio al rededor del tabernáculo, y se cerró la entrada con su cortina. Todo

se puso en disposicion de ofrecer los sacrificios y de continuar el servicio ordinario. Entretanto el pueblo fijó sus pabellones y se acampó en rededor del atrio por el órden que el Señor tenia mandado. Esta era la primera mansion despues de haber salido del pié de la montaña santa y esto se hizo en todas las mansiones siguientes, á diferencia de las dormidas, en las que se descargaba, pero no se desenfardaba.

Parecerá increible, pero ello es cierto. Aun humeaba el fuego que habia abrasado á los murmuradores en el lugar del *incendio*, cuando se presentaron á provocar la ira del Señor otros nuevos. El vulgo de los extrangeros que habian salido de Egipto con los hijos de Israel, fastidiado del maná (sin duda no era sabroso para ellos) fué el primero que manifestó un deseo, un ansia por las viandas mas despreciables de Egipto. Luego les siguieron los Israelitas de menos consideracion, y unos y otros, lamentándose y llorando, decian : ¿Quién nos dará carnes que comer? Nos acordamos de los peces que comiamos en Egipto por nada, y se nos vienen al pensamiento los cohombros, los pepinos, los puerros, las cebollas y los ajos. Nuestra alma está ya fastidiada, y nuestros ojos no ven sino ese maná que nos sigue por todas partes. Moisés cuando vió llorando al pueblo á las puertas de sus tiendas, á pesar de su extremada paciencia, le pareció esto una cosa intolerable. Un pueblo que se lamenta y llora por las viandas mas despreciables de Egipto, teniendo para su alimento el pan que le llueve el cielo todos los días, es insoportable. Yo no puedo ya sufrirlo. Yo solo no puedo sostener todo este pueblo.

Sanedrin.

Aquí el Señor se indignó en gran manera contra los murmuradores, pero se compadeció de su siervo. Júntame, le dijo, setenta varones de los ancianos de Israel,

de aquellos que tú conoces que son los ancianos y maestros del pueblo; los llevarás á la puerta del tabernáculo de la alianza y los harás estar allí contigo para que yo descienda y tome del espíritu tuyo, y se lo dé á ellos, á fin de que sostengan contigo el peso del pueblo. Dirás tambien al pueblo: Santificáos. Mañana comeréis carnes, y las comeréis no solo un día, ni cinco, ni diez, ni veinte solamente, sino hasta un mes, y hasta que salgan por vuestras narices y os causen vómitos, por cuanto habeis desechado al Señor que está en medio de vosotros, y habeis llorado delante de él diciendo: ¿Porqué salimos de Egipto? Juntó, pues, Moisés los setenta varones de los ancianos de Israel, y les condujo á la puerta del tabernáculo. Entonces descendió el Señor en una nube, y tomando del espíritu que habia en Moises, le dió á los setenta ancianos, y luego que reposó sobre ellos el espíritu, profetizaron en prueba de que Dios les habia elegido para ayudar á Moises en su gobierno. En este consejo de los setenta ancianos, á cuyo frente estaba Moises, se decidian los negocios de la Religion y del Estado, y era el que en tiempo de Jesucristo se llamaba *Sanedrín* ó *Sinedrio*. Hecha por Dios la confirmacion de los setenta ancianos para ayudar á Moises en el gobierno del pueblo, y participantes ya estos de su mismo espíritu, se volvieron de la puerta del tabernáculo á sus campamentos.

Codornices, y Sepulcros de la concupiscencia.

El día siguiente envió el Señor un viento que, soplando del occidente, trajo del otro lado del mar una prodigiosa multitud de codornices que, en la extension de un día de camino, volaban en rededor de los campamentos á la altura de una vara. El pueblo al verlas salió de sus tiendas y cada uno cogió cuantas quiso en aquel día, en aquella noche y en el día siguiente, y el que menos

llevó de ellas diez grandes medidas, que hacian como doscientas libras de carne, y las secaron al rededor de los campamentos. Desde el primer día comieron de las codornices y continuaron comiendo de ellas por el espacio de un mes, pero al fin llegaron á no resollar sino codornices y á causarles náuseas, segun habia dicho el Señor. Mas aun tenian las carnes entre los dientes, cuando hé aquí, que inflamado el furor del Señor contra los murmuradores, que habian preferido al pan del cielo los ajos y cebollas de Egipto, les castigó con una plaga en gran manera grande, sin que quedase con vida ni uno de los que habian ansiado comer carnes; y se llamó aquel lugar *sepulcros de la concupiscencia*, porque en él fueron sepultados los que con desprecio del maná habian apetecido carnes. ¡Suceso formidable, que debe hacer temblar á todos aquellos que obligan en cierto modo al Señor á que condescienda con sus apetitos desordenados! Por eso las riquezas, los honores, los placeres, cuando se encuentran en hombres malos son una señal terrible de muerte eterna.

Quejas de María y Aaron.

Despues de esta larga y funesta mansion, se partió para Haserot, adonde se llegó en el mismo día. No se excitaron aquí nuevas murmuraciones por un pueblo tan reciente y severamente castigado; pero no por eso faltaron á Moises nuevos disgustos que ejercitasen su paciencia, María y Aaron, sus hermanos, hablaron contra él por causa de su mujer. Regularmente se habria esta enorgullecido á vista de la gran dignidad de su marido y de los continuos favores que le dispensaba el Señor. Resentidos de esta altivez los cuñados, la dijeron: ¿Pues qué? ¿Ha hablado el Señor por solo Moises? ¿Acaso no nos ha hablado tambien á nosotros? De aquí pasarian á murmurar de su hermano, porque, á su parecer, no

reprimia su orgullo. María, como mujer, pudo dejarse llevar mas de la envidia; como hermana mayor, se creeria mas ofendida, y como favorecida tambien del Señor, quizás hizo vanidad de los favores. Lo cierto es que fué la mas castigada. Como Moises era el hombre mas manso de todos los que moraban sobre la tierra, y no habria tomado su propia defensa, el Señor, por decirlo así, se encargó de ella. Cuando aun duraban estas quejas, el Señor dijo á los tres hermanos: Salid solos hácia el tabernáculo; y habiendo ido, bajó el Señor en una columna de nube, se fijó á su entrada, y llamando á Aaron y María, les dijo: Si alguno fuere entre vosotros profeta, me apareceré á él en vision, ó le hablaré por ensueños; mas no sucede así con mi siervo Moises, que es el mas fiel en toda mi casa. Boca á boca le hablo, y él ve al Señor claramente y no bajo de enigmas ni figuras. ¿Porqué, pues, no habeis temido hablar mal de mi siervo Moises? Y se retiró irritado contra ellos. Se retiró tambien la nube, y hé aquí que María apareció toda cubierta de lepra.

Aaron, asombrado al verla, corrió á Moises y le pidió con ansia que les perdonase este pecado que habian cometido contra él neciamente, y que rogase á Dios por su hermana, porque ya en pocos momentos la lepra habia devorado la mitad de sus carnes. Moises rogo á Dios por ella; pero, si bien consiguió que la lepra no siguiese consumiéndola, no pudo alcanzar que desapareciese, y que no fuese arrojada de los campamentos como leprosa, ni evitar tampoco que no sufriese por siete dias este castigo. Un escarmiento tan pronto, tan terrible, tan público, tan ignominioso para la hermana del legislador y conductor de Israel, fué el remedio mas eficaz para curar su orgullo, para dar un escarmiento á su hermano y un ejemplar mas al pueblo; y aunque es verdad que aprovechó poco á este, como veremos despues, hizo felizmente en María y Aaron todo su efecto. Así no vemos que en adelante María volviese á propa-

sarse, ni que Aaron, cuyo respeto para con su hermano habia sido siempre tan profundo y tan constante, volviese tampoco á dejar de guardársele. Al fin de los siete dias de separacion de María, curada esta, tanto de la hinchazon del espíritu como de las llagas del cuerpo, la columna hizo un movimiento en señal de marchar.

EXPLORADORES DE LA TIERRA DE PROMISION.

El dia segundo del mes cuarto salieron de Haserot y llegaron por la tarde á Retina, punto muy cercano ya á la tierra prometida. El Señor queria dar en esta mansion las últimas disposiciones para que principiases la conquista bajo de su proteccion; pero este pueblo ingrato y sin fe tuvo en poco la proteccion del Señor, y quiso primero explorar la tierra que iba á conquistar. El Señor en su enojo condescendió con sus deseos, y dijo á Moises: Envía hombres que reconozcan la tierra de Canaan, uno de los principales de cada tribu. Hizo Moises lo que ordenaba el Señor, y envió los doce hombres, encargándoles que averiguasen: qué tierra era aquella y qué pueblos la habitaban; si estos eran ó no fuertes, y si sus ciudades estaban muradas ó sin muros: si el terreno era pingüe ó estéril, y si estaba sin árboles ó arbolado; y por último les encargó que trajesen algunos frutos de aquella tierra para muestra. Los exploradores hicieron cuanto se podia esperar de ellos. Atravesaron el pais de mediodía á norte y de oriente á poniente, examinándolò todo é informándose cuidadosamente de cuanto les importaba saber, pues la lengua de esta tierra, que habian habitado sus padres por tanto tiempo, no les era desconocida, y así en todo su viaje no se entró en sospecha alguna contra ellos. Se pasaron á